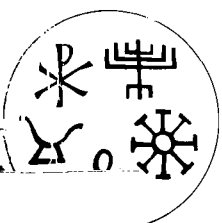


Leo Baeck

La esencia del Judaísmo



Biblioteca de Ciencia e Historia de las Religiones

PAIDOS

BIBLIOTECA CIENCIA E HISTORIA DE LAS RELIGIONES

LEO BAECK
LA ESENCIA DEL JUDAÍSMO

JOACHIM WACH
EL ESTUDIO COMPARADO DE
LAS RELIGIONES

G. STEPHENS SPINKS
RELIGIÓN Y PSICOLOGÍA

RUDOLF BULTMANN
EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

LEO W. SCHWARZ
GRANDES ÉPOCAS E IDEAS DEL
PUEBLO JUDÍO

I
YEHEZKEL KAUFMANN
LA ÉPOCA BÍBLICA

IV
ABRAHAM S. HALKIN
LA ÉPOCA JUDEO-ISLÁMICA

II
RALPH MARCUS
LA ÉPOCA HELENÍSTICA

V
CECIL ROTH
LA ÉPOCA EUROPEA

III
GERSON D. COHEN
LA ÉPOCA TALMÚDICA

VI
SALO W. BARON

EDITORIAL PAIDÓS

Cabildo 2454

Buenos Aires

LEO BAECK

BIBLIOTECA DE CIENCIA E HISTORIA
DE LAS RELIGIONES

dirigida por
MARSHALL T. MEYER

L. BAECK
LA ESENCIA DEL JUDAISMO

J. WACH
EL ESTUDIO COMPARADO DE LAS RELIGIONES

R. BULTMANN
EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

S. W. BARON
HISTORIA SOCIAL Y RELIGIOSA DEL PUEBLO JUDÍO

J. KLAUSNER
JESÚS DE NAZARETH

P. TILLICH
LA ERA PROTESTANTE

L. W. SCHWARZ
GRANDES ÉPOCAS E IDEAS DEL PUEBLO JUDÍO

LA ESENCIA DEL JUDAÍSMO



EDITORIAL PAIDÓS
BUENOS AIRES

Título del original inglés:
THE ESSENCE OF JUDAISM

Publicado por
SCHOCKEN BOOKS INC.
Nueva York

Versión castellana
NOEMÍ ROSEMBLAT

Supervisión
MARSHALL T. MEYER

Supervisión bíblica
MARCOS EDERY

1ª edición, 1964

Impreso en la República Argentina

• *Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723*

Copyright de todas las ediciones en castellano by

EDITORIAL PAIDÓS

Sociedad en Comandita

Cabildo 2454

Buenos Aires

PRÓLOGO

EL NUEVE de noviembre de 1953, al cumplirse el décimo quinto aniversario de los tumultos antijudíos en Alemania, Leo Baeck escribió: "¿Qué fue lo que no se destruyó entonces? No sólo se demolieron las sinagogas; con ellas se derrumbaron los pilares y sostenes de un vínculo humano en el que habíamos confiado. Una cosa, pensamos, todavía nos uniría a todos: la reverencia por ese lugar al que los hombres llegan para hacerse uno con el Eterno, para elevarse por encima de lo estrecho y duro de su vida diaria, donde lo invisible se les hace conocido y el silencio infinito los envuelve. Durante esa noche, lo comprendiera o no la gente en ese momento, también se puso la mano sobre las Iglesias. Sí, sobre las Iglesias también, porque la Sinagoga es histórica y espiritualmente la madre de la Iglesia. En ambas es una y la misma convicción la que busca revelarse, aun cuando el método y el camino puedan ser diferentes. Las casas judías y cristianas de adoración comparten en última instancia un destino indivisible. Lo que se inflige a la una hiere a la otra. En muchos días posteriores ello se hizo claro en Alemania, y sólo quien voluntariamente se vendó los ojos dejó de verlo, ya fuera entonces o después... La palabra última, la palabra decisiva, es la palabra de esperanza —esperanza verdadera, auténtica, duradera— y el judío podría decir: una palabra de esperanza judía. Esta esperanza habla desde el mandamiento eterno, desde el eterno 'Tú Deberás' de la palabra de Dios, que transmite a la vez una orden, consolación y confianza. Pues tal es la esperanza eterna en la historia de la humanidad: el hombre, individualmente y como pueblo, puede y debe comenzar de nuevo en cualquier momento. La capacidad de

volverse hacia Dios es dada a cada uno de nosotros y el camino del Eterno está abierto a todos. De la destrucción surge la exhortación, que es también esperanza: 'Preparad el camino del Señor' (*Isaías, 40:3*). Y a través de la oscuridad una luz irrumpe".

El dos de noviembre de 1956, a los ochenta y tres años, Rabí Leo Baeck murió en Londres. Con él se extinguió una de las luces más brillantes de la mente y el espíritu humanos que luchó para iluminar el oscurecimiento y la destrucción del judaísmo alemán durante la todavía increíble tragedia de la era de Hitler.

ψ

Hijo de un rabino docto y distinguido, Leo Baeck nació en Lissa, Posen, el 23 de mayo de 1873. Estudió en Breslau, y recibió su grado doctoral en la Universidad de Berlín y su ordenación rabínica en el *Lehranstalt für die Wissenschaft des Judentums*.

En 1905, mientras era rabino en Oppeln, Silesia, publicó un libro que llevaba el título *La esencia del judaísmo* (*Das Wesen des Judentums*), que fue totalmente vuelto a escribir y duplicado su tamaño original para la segunda edición de 1922. El libro ya había alcanzado en 1932 su sexta edición alemana, y en 1936 se publicó la primera edición en inglés, vuelta a publicar en versión revisada en Nueva York en 1948. Esta que presentamos ahora es la primera edición en español.

Mientras se desempeñaba como rabino en Berlín, comenzó la primera guerra mundial, y Baeck sirvió como capellán del ejército en los frentes oriental y occidental. Al finalizar la guerra volvió a su púlpito de Berlín y empezó una carrera docente en el *Lehranstalt*. Combinaba magníficamente las funciones del erudito, del guía espiritual y del ciudadano responsable de la comunidad. Sería imposible enumerar todas las organizaciones en las que fue activo, pero mencionaremos las más importantes. Durante muchos años se desempeñó como presidente del *Allgemeiner Deutscher Rabbinerverband*, que era la asociación de los rabinos tanto liberales como ortodoxos. En 1924 asumió la presidencia de la *Bnai Brith* alemana, alcanzando gran éxito

en el área de actividades educativas. Fue miembro activo del Comité Ejecutivo del *Centralverein deutscher Stadtsbürger jüdischen Glaubens*, habló muy a menudo en el *Reichsbund jüdischer Frontsoldaten*, y fue miembro del *Keren Haiesod*.

Al llegar Hitler al poder en 1933, Leo Baeck era el jefe lógico y por cierto más capaz para encabezar el Comité de organizaciones alemanas judías en su representación ante el gobierno; llegó así a presidente del *Reichsvertretung der Juden in Deutschland*. La aceptación de ese cargo indica obviamente su decisión de permanecer en Alemania y compartir el destino de la comunidad judía. Rechazó muchas posibilidades de escapar, y en 1942 fue finalmente internado en el campo de concentración de Theresienstadt, donde milagrosamente permaneció vivo hasta la terminación de la guerra, cuando fue llevado a Londres, donde vivía su hija. (Su mujer había muerto en Alemania en 1937, después de 38 años de casados.) Allí continuó estudiando, escribiendo, enseñando y viajando a pesar de su edad y de su horrible experiencia de guerra. Fue entonces cuando se le designó primer presidente de la *World Union of Progressive Judaism*. En 1947-48 fue invitado por la *Union of American Hebrew Congregations* para dar conferencias en los Estados Unidos de Norteamérica. En la primavera de 1948, el doctor Nelson Glueck, presidente del *Hebrew Union College*, invitó al doctor Baeck como profesor visitante. Los veranos los pasó en Londres y los inviernos en Cincinnati, hasta 1952, época en que su salud ya no le permitió volver a los Estados Unidos. Los escritos de Leo Baeck, recopilados por Theodore Weiner y publicados en Cincinnati, en 1954, comprenden más de cuatrocientos títulos.

En 1900, Adolf Harnack, el jefe de la escuela histórica del protestantismo alemán, publicó una serie de lecciones que había dado a 600 estudiosos de la Universidad de Berlín. De este libro, cuyo título era *Das Wesen des Christentums*, se habían vendido hasta 1905 más de 60.000 ejemplares y era uno de los libros de los que más se hablaba entre la *Intelligentsia* alemana. Por el año 1927 el volumen había alcanzado catorce ediciones y había sido traducido al mismo número de idiomas. *Das Wesen des Judentums* de Leo Baeck es claramente una

respuesta al libro de Harnack. Los límites de este breve prólogo no nos permiten entrar en un análisis comparativo de las dos obras, no obstante lo tentadora que podría ser la tarea. Baste con decir que Baeck no estaba contento con su tarea de colocar al judaísmo en pie de igualdad con el cristianismo, lo que ya hubiera sido suficientemente atrevido. En sus últimos ensayos indica por qué creía en la superioridad del primero. Su obra es única por su franqueza y la erudición con que la justifica. No es la obra de un liberal estereotipado, que predica sobre la herencia judeo-cristiana. Es la obra de un hombre que ha alcanzado una comprensión más honda de lo que el liberalismo debe suscitar: un estudio y estimación serios de la naturaleza esencial de una fe o credo, y del respeto o censura consiguientes que uno cree que merecen. Más que cualquier otra época en la historia, nuestra época resuena con la frase "la herencia judeo-cristiana". Nuestros libros están llenos de ella, nuestros profesores la enseñan, nuestros políticos la mencionan, nuestros ministros la predicán, y con demasiado poca frecuencia la gente hace una pausa para meditar sobre ella.

La esencia del judaísmo es la obra de un gran estudioso tan familiarizado con el mundo del Talmud como con la filosofía y literatura occidentales. En una época en que ciertos grupos de odio predicán la desconfianza y el prejuicio, la obra clásica de un hombre cuya vida es un testimonio de la imposibilidad de un mundo basado sobre el exterminio de las minorías, aparece para traer claridad a esa tradición formidable que dio nacimiento a los elevados credos religiosos del mundo occidental.

Como escribió un eminente filósofo norteamericano:

"(Baeck) no necesita del panegírico. Sólo necesita ser leído".

MARSHALL T. MEYER

INDICE

PRÓLOGO	5
I. EL CARÁCTER DEL JUDAÍSMO	
<i>Unidad y Desarrollo</i>	13
<i>Religión profética y comunidad de fe</i>	35
<i>La revelación y la religión universal</i>	62
II. LAS IDEAS DEL JUDAÍSMO	
<i>La fe en Dios</i>	87
<i>La fe en el hombre: en nosotros mismos</i>	151
<i>La fe en el hombre: en nuestros semejantes</i>	190
<i>La fe en el hombre: en la humanidad</i>	225
III. LA PRESERVACIÓN DEL JUDAÍSMO	
<i>La historia y la tarea</i>	255

I

EL CARÁCTER DEL JUDAÍSMO

UNIDAD Y DESARROLLO

DURANTE los miles de años de su historia el judaísmo aprendió y experimentó mucho. El anhelo imperativo de pensar siempre más, de luchar con las ideas, ha persistido en el pueblo judío a través de los siglos. Sea por elección o por compulsión, los judíos han tomado muchos y muy diversos caminos en este mundo, y sus experiencias han llegado a formar parte de la experiencia total del judaísmo. A través de su pueblo disperso por toda la tierra, el judaísmo recibió el impacto de las experiencias espirituales de la civilización humana.

En su errar por el mundo, el judaísmo también sufrió cambios; su destino mismo ha sido moldeado por las fluctuaciones de su historia. Una rica variedad de fenómenos están incluidos en esa historia, no todos de igual valor o alcance, pues la vida, incapaz de mantener un nivel constante, tiene altos y bajos. Lo más característico de un pueblo encuentra su mejor expresión en los niveles más altos de su historia, siempre y cuando esos niveles se alcancen una y otra vez. En este movimiento ondulante de una cumbre histórica a otra, se manifiesta la esencia de la conciencia de un pueblo, lo que se logra y se preserva. El judaísmo posee esa constancia, esa esencia, a pesar de las cambiantes fases de su larga historia. Debido a la persistencia de esa esencia, todas las fases tienen algo en común. La conciencia de poseer un mundo propio, un parentesco espiritual unificador, siempre se mantuvo viva en los judíos: Todos viven en un mismo hogar religioso.

Esta unidad tenía ya un sólido fundamento histórico en el pueblo del que surgió el judaísmo y en el que sigue teniendo profundas raíces. El judío comprendió que no pertenecía tan

sólo a su época, sino que su vida derivaba de los hombres que, en el lejano pasado, habían dado su fe a luz. Pues los padres de su raza también lo fueron de su religión. Tenía conciencia de que pronunciaba palabras que hablaban del Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, como si su voz fuera la de un niño al que se ha legado una herencia. Simultáneamente, cuando pensaba en el futuro, sentía que los días por venir vivirían a través de él, que por su propia existencia y su futuro señalaban la existencia del antiguo Dios sobre la tierra.

Éstas eran, pues, las voces que emanaban de cada judío. Pero el mundo circundante hablaba un lenguaje muy distinto. Los descendientes de aquellos antepasados no tardaron en dispersarse, destino que trajo aparejado no sólo separación, sino también a veces una verdadera disolución. Además, la comunidad judía carecía de aquellos medios a los que otros pueblos recurrían para mantener sus vínculos. No se esforzaba por apartarse de los pueblos e ideas circundantes mediante el rechazo de las culturas extranjeras, ni establecía en torno de su propia cultura limitaciones tan rígidas y restrictivas que le permitieran vivir segura y tranquila. Si el judaísmo logró conservar su unidad, ello no se debió a una soledad que renunciaba al mundo ni a muros autoimpuestos de dogmatismo y clericalismo.

Es cierto que hubo épocas, especialmente las que están al alcance de nuestra memoria, en que la comunidad judía pareció completamente encerrada entre sus muros. Pero esta reclusión fue sólo de índole espacial; constituyó, además, una barrera compulsoria que el judaísmo nunca aceptó. Sólo en períodos muy raros el mundo judío —y aun en esos casos sólo sectores de él— existió en un *ghetto* espiritual. Los habitantes del *ghetto* examinaban con curiosidad y avidez los movimientos intelectuales que agitaban a sus contemporáneos. Baste señalar la influencia de los pensadores y los investigadores científicos judíos sobre el pensamiento de la Edad Media, y la forma en que este pensamiento influyó, a su vez, sobre aquéllos.

Existía otro factor que impedía a los judíos vivir en un *ghetto* espiritual: en ninguna otra religión se atribuye tanto

valor al sabio poseedor de fe. Entre los innumerables individuos que permanecieron fieles al judaísmo en el martirologio de la vida y en el de la muerte, probablemente hubo pocos tan absortos en su propia tradición como para desconocer por completo las ideas que se desarrollaban fuera de ella.

Casi no podría haber sido de otra manera. La realidad que rodeaba a los judíos parecía hablar con pruebas convincentes y lógicas, establecidas por hechos concretos y subrayadas por cada nueva persecución y opresión, de conclusiones que parecían contrarias a la posición del judaísmo. La contradicción entre lo que prometían las antiguas profecías y lo que cada generación experimentaba realmente, produjo una tensión demasiado aguda como para que el judío simplemente se retrajera en sí mismo. El oprimido, el débil, siempre podrá creer en sí mismo y, de hecho, debe creer en sí mismo para no perecer. Pero, mientras viva en el mundo, no puede rodearse tan sólo con el círculo estrecho de sus propias concepciones, saber y considerar sólo lo que a él concierne. Ese es el privilegio exclusivo de los pocos afortunados que mantienen la autoridad heredada.

Los judíos han sido siempre una minoría. Pero una minoría está obligada a pensar: tal es la bendición de su destino. Debe persistir siempre en una lucha mental por esa conciencia de la verdad que el éxito y el poder consoladoramente aseguran a los poderosos y a las multitudes que los apoyan. La convicción de los muchos se basa en el peso de la posesión; la convicción de los pocos se expresa a través de la energía de un constante buscar y encontrar. Esta actividad interior se torna fundamental para el judaísmo; la serenidad de un mundo aceptado y completo estaba más allá de su alcance. No le era posible creer en sí mismo como algo dado, sino que seguía siendo el requisito siempre renovado del que dependía su existencia misma. Y cuanto más limitada era su vida exterior, más insistentemente resultaba necesario buscar y ganar esta convicción interior del deber de su vida.

Sea que se desarrollara siguiendo las líneas circunstanciales de los tiempos antiguos o la base sistemática de la Edad Media,

la doctrina religiosa judía fue, sobre todo, el producto de esta lucha por la autopropagación. No constituía, por lo tanto, ni una filosofía escolástica, que proporcionaba pruebas rutinarias para interrogantes rutinarios, ni una de esas filosofías transitorias que sólo sirven para justificar los poderes existentes. Puesto que se había fraguado en la lucha continua por la existencia espiritual, vivía como una filosofía de la religión. A través de ella se expresaban la existencia ideal de toda la comunidad y los deseos de todos aquellos que conscientemente anhelaban pertenecer a la comunidad y ser educados en ella. A través de esa filosofía se desarrollaron la meditación y la especulación sin fin de la vida judía. La comunidad judía no se expresó en casi ninguna otra forma tan característicamente como en esta suerte de filosofar, que dio al judío su carácter singular, el perfil revelador de su personalidad espiritual.

En el curso de ese filosofar, diversas ideas alcanzaron predominio, según las influencias de tiempo y lugar. Por firmemente establecidos que estuvieran los principios fundamentales de la religión, hubo cambios significativos en el énfasis dado a uno u otro de sus valores constitutivos. Y así, el pensamiento judío pareció caracterizarse por una cierta vacilación. El precio que el judaísmo pagó por la posesión de una filosofía fue el sacrificio de la certidumbre, de una fórmula de credo.

Si consideramos la palabra "dogma" en su sentido restringido, sin duda cabría afirmar que el judaísmo no tiene dogmas y, por lo tanto, carece de ortodoxia, tal como suele entenderse la ortodoxia religiosa. Desde luego, en toda religión positiva las frases clásicas pasan de una generación a otra, y cada una de éstas considera esas frases como los recipientes antiguos y sagrados de la verdad religiosa. Dondequiera exista un tesoro de fe, un *depositum fidei*, se expresa en palabras sagradas en las que vibra la revelación y la tradición. Pero ello no constituye un dogma en el sentido preciso del término. Existe un dogma sólo cuando se ha cristalizado una fórmula definida de concepciones, y cuando la autoridad establecida la declara obligatoria y hace que la salvación dependa de ella.

Ninguno de estos motivos existe en el judaísmo. En él no hubo necesidad de una fórmula constante, inviolable; ésta

sólo es necesaria en aquellas religiones cuyo núcleo consiste en un acto consagrador de fe, el único acto que puede abrir las puertas de la salvación, y que, por lo tanto, requiere una imagen conceptual definida que se transmite de generación en generación. Tales actos de salvación y tales dones de gracia son extraños al judaísmo, el cual no pretende ser capaz de traer el cielo a la tierra. Siempre mantuvo cierta sobriedad y severidad, y exigió más de lo que daba. Por ello adoptó tantos mandamientos, y rechazó sacramentos y misterios; si manifestó alguna tendencia en esta última dirección, fue superada en una etapa temprana.

Tampoco el anhelo de un conocimiento completo dio lugar a que se intentara definir de una vez y para siempre toda la esfera de la creencia. Tales intentos sólo resultan necesarios en aquellas religiones en que la iluminación y la salvación divinas se consideran equivalentes, y en las que sólo el conocimiento completo —gnosis— conduce a la salvación. En tales religiones cada falta o cada error obstaculiza el camino; el más leve movimiento en falso puede ser fatal. Cuando la fe verdadera se considera como un don de la gracia, del cual depende todo, entonces sin duda se necesita una definición precisa y una finalidad última. Pero, en el judaísmo, los artículos de fe nunca adquirieron esa significación, jamás fueron una condición para la salvación, que implicaba elegir entre todo y nada.

En el cristianismo el sentido del misterio se vuelve visible y tangible a través del sacramento. En el judaísmo la idea del misterio encierra una significación distinta: permanece en la esfera de lo ideal, y significa lo incognoscible que pertenece a Dios y no al hombre, lo incognoscible, a lo que el hombre sólo puede acercarse a través de sus sentimientos. Velado en una oscura lejanía que ninguna mirada mortal puede penetrar, el ser de Dios sólo puede ser captado por el hombre a través de la conducta piadosa y la meditación silenciosa. Los mandamientos describen la función del hombre: hacer el bien, tal es el comienzo de la sabiduría. El deber del hombre para con sus semejantes está antes que su conocimiento de Dios, y este

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

